# Palabras que encuentran mundos

Cuentos del concurso
**“Las personas migrantes y los derechos humanos”**

# Palabras que encuentran mundos

Cuentos del concurso
***Las personas migrantes y los derechos humanos***

Plan Nacional de Educación en Derechos Humanos
URUGUAY

Organizadores:
Comisión Nacional para la Educación en Derechos humanos (CNEDH),
Plan Nacional de Lectura y Plan Ceibal.

e-ISBN: 978-9974-36-389-2

Edición: 2019

Corrección de estilo: Pilar Barreiro

Diseño de tapa e interior: Dpto. de Formación - Plan Ceibal

# Índice


Prólogo 7

Emilia y sus nuevos amigos 13

El rompecabezas incompleto 17

Importante: jugar y tener amigos 25

La copa de Selim 29

El niño de Brasil 31

Una vida en 23 kilos 35

Uruguay, nuevo hogar 39

En busca de defensores 43

Color esperanza 49

Mi primer año en la escuela 55

El pequeño Javi 59

Kiora 63

El regreso 69

Nuevo horizonte de vida 77

# Prólogo

Mucho se dice sobre las palabras. Hay quienes han explicado cómo hacer cosas con palabras y hasta quienes cambiarían miles de ellas por una imagen.

Más allá de lo que se diga, las palabras persisten de la forma que sea... habladas, escritas, expresadas con los dedos, en cantos y poemas, en escenarios y en servilletas. También es cierto que con palabras se hiere, se miente, se vulnera. A veces, incluso, nos escondemos detrás de nuestras palabras.

Pero hoy les contamos sobre estas palabras, las que encuentran mundos, las que fueron parte de ciento seis relatos presentados al Concurso de Cuentos *Las personas migrantes y los derechos humanos.* Aquí encontrarán palabras y mucho más, porque en el gesto de escribirlas se revivieron recuerdos, se palparon aromas y sabores, se recorrieron paisajes cotidianos y novedosos, se lloraron y, tal vez, curaron un poco más algunas heridas cercanas y lejanas, partes de nuestra historia humana.

Desde el Plan Nacional de Lectura reconocemos la libertad de acción en la que se mueven los personajes de estos relatos que otorga significado al mundo de sus autores, a su vida, a sus experiencias. La escritura y sus posteriores lecturas reconstruyen esos universos de encuentros y separaciones, nos permiten reconocernos y comprender mejor al otro.

Los catorce cuentos y mundos que en estas páginas encontrarán son los premiados en esta iniciativa, organizada en 2018 por la Comisión Nacional para la Educación en Derechos Humanos del Sistema Nacional de Educación Pública (integrada por Administración Nacional de Educación Pública; Universidad de la República; Ministerio de Educación y Cultura y con la participación de la Secretaría de Derechos Humanos de Presidencia de la República), Plan Ceibal y Plan Nacional de Lectura (Dirección de Educación, MEC).

El concurso formó parte de las acciones que se implementan en el marco del Plan Nacional de Educación en Derechos Humanos, aprobado en diciembre de 2016 por el Sistema Nacional de Educación Pública. En ese sentido, los objetivos específicos apuntaban a promover la reflexión en torno a los derechos humanos de las personas migrantes y a impulsar la creación literaria, el trabajo colaborativo y la práctica de la ciudadanía responsable. A su vez, desde Plan Ceibal, desde donde se realizó el desarrollo logístico y soporte técnico para la consecución del espacio comunicativo y recepción de los cuentos, concebimos esta acción en el marco del conjunto de actividades relacionadas a Dere-

chos Humanos y Educación que la organización promueve a través de la inclusión social y digital, el acompañamiento a sus beneficiarios, y la formación continua.

Para convocar a la presentación de relatos, consideramos pertinente compartir algunas ideas y premisas sobre lo que entendemos por derechos humanos: *aquello que procura garantizar una vida digna para todas las personas sin distinción alguna.* Y si bien la dignidad es intrínseca al ser humano y aquello que todas y cada una de las personas merecen por el solo hecho de serlo, es necesario reconocer que algunos colectivos han sufrido y sufren situaciones de vulneración de su dignidad.

Esto les ocurre, por ejemplo, a las personas migrantes. Muchas de ellas han tenido que alejarse de sus países porque fueron desplazadas por guerras, persecuciones o por condiciones de vida miserables y han partido hacia otros países con la ilusión de construir un proyecto de vida para ellas y sus familias. En los países a los que llegan encuentran un mundo desconocido, a veces poco comprensible y, en muchas ocasiones, están solas y desprotegidas. En algunas oportunidades encuentran rechazo y odio y en otras, respuestas de solidaridad y cariño. Entre muchas dificultades, enfrentan la posibilidad de construir un lugar en el mundo y, desde ese lugar, aportan a los países que las reciben su cultura, su música, sus comidas, sus colores, sus saberes y sus creencias. En el encuentro entre culturas se construyen sociedades más ricas e interesantes.

También entendimos importante destacar que, junto a los procesos migratorios de un país a otro, conviven los procesos de migraciones internas de los países, que implican grandes desafíos a las personas que deben trasladarse de una zona a otra, como ser del ámbito rural al urbano.

El concurso contó con la participación tanto de personas uruguayas que viven aquí o en el exterior, como de personas migrantes que llegaron a nuestro país en los últimos tiempos. Se recibieron producciones desde Alemania, Bélgica, Bolivia, Brasil, Canadá, Chile, Colombia, Ecuador, España, Estados Unidos, Honduras, Israel, México, Nicaragua, República Dominicana, Suiza y Venezuela. También participaron migrantes de Argentina, Colombia, México y Venezuela. De los cuentos registrados, las edades de los/as autores/as varían entre los 5 y los 82 años.

Los y las participantes se presentaron en categorías individuales (de 5 a 7 años, de 8 a 11, de 12 a 18 y de 19 en adelante) o en una categoría colectiva. Los premios por categoría fueron entregados durante una colorida ceremonia que convocó especialmente a familiares y amistades de los y las escritores/as, el 10 de octubre durante la Feria Nacional del Libro en la Intendencia de Montevideo.

El concurso pudo realizarse también gracias a la colaboración y participación de referentes de varias instituciones que abordan la temática de las migraciones desde una perspectiva de derechos humanos. Fue así que para la evaluación de los cuentos recibidos se trabajó con dos tribunales. El comité integrado por Lucía Ferrari, del Museo de las Migraciones (MuMi), y Felipe Michelini, de la Cátedra unesco de Derechos Humanos de la Universidad de la República, fue el encargado de decidir los cuentos ganadores de las primeras tres categorías individuales, además de la colectiva. Las narraciones incluidas en el último rango de edad de la categoría individual fueron evaluadas por Andrés Freire, Secretario Ejecutivo de la Junta Nacional de Migración; Delmira Botti, integrante de la Secretaría de Equidad Étnico Racial y Poblaciones Migrantes de la Intendencia de Montevideo; Martín Lorieto, Director de Vinculación del Ministerio de Relaciones Exteriores y Alejandro Giménez, del Ministerio de Turismo. Asimismo, se contó con el valioso apoyo de antel, Teatro Solís y sodre, a la hora de premiar las producciones que aparecen en esta publicación.

La conjunción de los aportes de cada una de estas instituciones que se han sumado a implementar el Plan Nacional de Educación en Derechos Humanos fue también motor y resultado de esta iniciativa. En esa línea, también son parte de este relato las palabras que desde allí nos hacen llegar:

*• Para el Museo de las Migraciones de la Intendencia de Montevideo, trabajar con la secretaría y las demás instituciones que representan los Derechos Humanos dentro del marco del Plan Nacional de Educación en Derechos Humanos, es fundamental y coincide con el trabajo que venimos realizando de contribuir a visibilizar el aporte de la migración en la construcción de un Uruguay intercultural. En este sentido, apoyar la iniciativa de un concurso de cuentos sobre Migración y Derechos Humanos coincide plenamente con la acción y el objetivo central del guión museológico que venimos desarrollando desde el MuMi, no solo del área educativa sino de todas las acciones pensadas desde la única premisa que dice que Migrar es un Derecho constitucional y humano.*

*• La Secretaría de Equidad Étnico Racial y Poblaciones Migrantes promueve la integración de las personas migrantes reconociendo la diversidad cultural y la hospitalidad como pilares fundamentales de este proceso. En este marco, participar en un concurso de cuentos sobre la temática y en conjunto con distintas instituciones comprometidas con la promoción de los derechos humanos, amplifica el trabajo que cada una viene realizando de manera individual y jerarquiza el aporte de los migrantes a nuestra sociedad.*

*• Desde la Junta Nacional de Migración y el Ministerio de Relaciones Exteriores- organismo que la preside- entendimos que se trata de*

*una iniciativa novedosa para el tratamiento del tema de la movilidad humana y la promoción de los derechos humanos. La política migratoria de Uruguay se basa en un enfoque de derechos humanos y consideramos que el concurso podía aportar a la promoción de los derechos de las personas en contexto de movilidad internacional, así como a la reflexión en torno al tema.*

*Además, dentro de las competencias de la Junta se encuentra la de articular la promoción de los derechos humanos de las personas migrantes, específicamente en lo atinente a la lucha contra el racismo, la discriminación racial y la xenofobia.*

*Se valoró también el hecho de ampliar la participación a los uruguayos emigrados, en tanto se trata de personas que forman parte del país, que mantienen muchos de ellos estrechos vínculos con Uruguay, y que podían aportar historias desde su experiencia de vida en el exterior, el vínculo con el país o lugar de acogida y con Uruguay. La Dirección de Vinculación de Cancillería valoró especialmente este aspecto, ya que vienen llevando a cabo una intensa labor con los uruguayos residentes en el exterior y sus familias.*

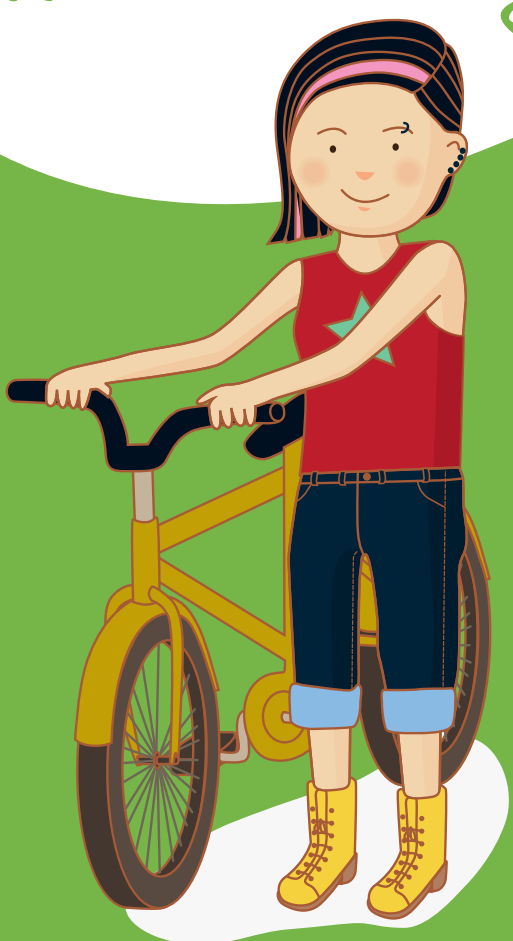
*• El Ministerio de Turismo destaca que el Artículo 1.° de nuestra Constitución dice que «La República Oriental del Uruguay es la asociación política de todos los habitantes comprendidos dentro de su territorio». Tradicionalmente, Uruguay ha sido país de recepción de inmigrantes desde sus albores como nación y hoy sigue manteniendo esa impronta que explica la llegada de un número de turistas casi igual al de su población en los últimos años. Algunos de esos visitantes luego se convierten en habitantes de nuestro suelo y pasan a ver desde adentro una realidad que antes apreciaban desde afuera. Desde el Ministerio se celebra que se realice un Concurso de Cuentos sobre las personas migrantes, en el entendido de que significan una visión de nuestra realidad, tanto la del extranjero que llega a nuestro país como la del uruguayo que lo deja. Visiones siempre necesarias en el momento de elaborar políticas de incentivo del turismo, una de las actividades productivas más importantes de nuestra economía.*

*• El Coordinador de la Cátedra Unesco de Derechos Humanos de la Universidad de la República señala que, haber participado en el Concurso de Cuentos "Personas Migrantes y Derechos Humanos", fue sumamente enriquecedor. La experiencia permitió un trabajo inter-institucional en pos de resaltar la situación de las personas migrantes y sus familias. Asimismo, destacó que fue también una oportunidad de conocer de primera mano, las vivencias tanto de los migrantes como de uruguayos en removedoras circunstancias.*

Sin más palabras, les invitamos a conocer estas historias y esperamos que sean un aporte a su mirada sobre el tema de las personas migrantes y los derechos humanos.

# CATEGORÍA I INDIVIDUAL
## de 5 a 7 años

# Emilia y sus nuevos amigos



Había una vez una niña que se llamaba Emilia. Vivía en una casa blanca por afuera y blanca por adentro. Su techo era rojo.

Un día, su amiga Florencia le regaló una cajita. En su cuarto Emilia la abrió y descubrió que estaba llena de banderas de mucho países. Y ¡sorpresa!, de cada bandera salían caminando muy felices un niño y una niña juntos y de la mano o una familia.

Mientras ellos salían de las banderas, también iban creciendo hasta transformarse en su tamaño verdadero. Todos se sentaban cerca de Emilia a mirar sorprendidos adentro de la caja, hasta que la dejaron y se fueron a jugar cuando pensaron que ya había salido el último.

El juego era difícil, pero divertido. Unos sabían más que otros, algunos no entendían cómo era el juego, otros ayudaban a recordar, otros a recortar. Y todos aprendieron. Tenían que recortar formas en papeles grandes y de colores. Todos los papeles eran blancos de un lado y del otro de color. Los que adivinaban de qué color era el papel por debajo podían recortar muchas formas. Si no adivinaban, tenían que intentar con otro papel.

Lo más lindo de este cuento es que las formas se podían regalar hasta que todos tuvieran una o más de una, así todos conservaban algo y quedaban felices.

Tan felices estaban que decidieron hacer una fiesta. Había comida de muchos países en una mesa redonda y grande. La música era muy divertida y todas las canciones parecían nuevas. Con las banderas decoraron el lugar y quedó precioso. Todos disfrutaron de la fiesta.

A Emilia le dio sueño y se fue a dormir. Cuando despertó vio las

banderas decorando completamente su cuarto. Se sintió feliz porque ella sabía que en la calle, en el ómnibus, en la escuela y en todas partes se encontraría otra vez con sus nuevos amigos.

*Brisa De Mello Ticino,*

*uruguaya residente en Montevideo-Uruguay*

# CATEGORÍA II INDIVIDUAL
## de 8 a 11 años

# El rompecabezas incompleto

La luz del sol entraba por la ventana del dormitorio de Irene. Los pájaros cantaban y los árboles crujían mientras bailaban junto con el viento. Irene despertó con el fuerte sonido de la alarma de su despertador. Suspiró. Odiaba los lunes, porque significaba que tendría que ir a la escuela y luchar con su inglés a media lengua. Ella era una niña inmigrante. Había venido a Estados Unidos no hacía mucho tiempo, porque por el trabajo de su mamá se tuvo que trasladar a Nueva York.

Irene parpadeó tratando de acostumbrarse a la luz repentina. Caminó hacia su armario y agarró su uniforme escolar. Se lo puso rápidamente y echó un vistazo a su despertador. Sus ojos se agrandaron. «¡Voy a llegar tarde!»,+ pensó desesperada. Irene tenía fama de llegar tarde. Debía prepararse y también a su hermano menor, quien siempre manchaba su ropa, lo que significaba que ella tendría doble trabajo. Se apresuró a llegar a la habitación de su hermano y llamó a la puerta: toc, toc.

—¿Andrés? —Esperó por una respuesta. Andrés, ¡vamos, ya es tarde! ¿Andresito? —El silencio parecía burlarse de ella. Irene estaba impaciente. Comenzó a golpear con fuerza en la puerta.— ¡Vamos! ¡Arriba!

Vino la irritada respuesta desde el otro lado de la puerta.

—¿Eh? Dejame dormir…

—¡Date prisa y vestite! —dijo la hermana mayor.

Ella no estaba de humor para juegos. Irene ni siquiera estaba a medio camino de arreglarse. Todavía tenía que preparar el desayuno, cepillarse los dientes y después de eso peinarse. Mientras tanto, sus compa-

ñeros de clase, probablemente, ya estarían trabajando en matemática, una de las materias con las que más luchó para entender y, por cierto, no quería perdérsela porque no había nadie que la pudiera ayudar. Sus padres no hablaban inglés, por lo que seguramente no entenderían las instrucciones y Andrés estaba en una clase 3 grados inferiores a la suya. No había forma de que el pequeño mocoso pudiera entender problemas matemáticos tan complicados.

Irene bajó corriendo las escaleras hacia la cocina. Puso un montón de galletas en un plato y comenzó a comer. Dejó algunas para Andrés y se apresuró a subir para buscar un peine para alisar su pelo. Luego corrió hacia la pileta del baño y rápidamente deslizó su cepillo de dientes debajo del agua, le puso un poco de pasta y comenzó a cepillarse frenéticamente. Luego cerró la canilla y corrió hacia el comedor para encontrar a Andrés que no hacía más que jugar con su comida.

—¡Andrés, apurate! —Él la miró sorprendido y comenzó a comer sus galletitas. La niña pensaba «¡qué bueno! que no había perdido tiempo cocinando, porque Andrés, probablemente, habría manchado su ropa». Se escucharon pasos desde la escalera. Se dieron la vuelta y vieron a su madre que llegaba del trabajo. Sus ojos parecían cansados.

—¡Hola, mamá! —dijo Irene con alegría, aunque trataba de ocultar que ella también estaba muy cansada.

—¿Están listos? Andrés, ve a buscar tu mochila.

Lo hizo y luego corrió hacia su hermana. Ambos besaron a su madre antes de irse. Irene cerró la puerta con llave y tomó la mano de Andrés, pero su reacción

fue quitársela y empujarla. Ella, aunque sabía que era juguetón, sintió que fue bastante grosero.

Irene miró a su alrededor admirando la vista. Aunque este era su vecindario y no un territorio desconocido, siempre apreciaba ver el cielo despejado, los árboles. Le traía esa nostalgia agridulce de su país. Le recordaba el tiempo que pasaba trepando a los árboles en su querido Canelones. Era otoño, la estación favorita de Irene. Los árboles eran coloridos. Se veían como cosas que solo podían reflejarse en la pintura de un artista. Pero no había tiempo para admirar la belleza de la naturaleza en este momento. Tenían que apresurarse o, de lo contrario, llegarían tarde. Después de lo que parecieron horas de caminata, finalmente llegan a su destino.

—Ve a tu clase. —Irene le dijo a su hermano menor.

—Pero la clase es aburrida.  murmuró Andrés.

—Pero te permitirá tener un futuro mejor. Ahora vete.

El pequeño suspiró descontento y se dirigió hacia su salón. La niña abrió la puerta de su clase.

—Llegas tarde. —Fue el saludo ya esperado de la señora G.

—Yo, yo s...se... Perdón, señ... seño... -señora G...

La clase se rió ante la horrible pronunciación de Irene. Ahora ve a la página 421 y lee. Luego responde las preguntas que aparecen en la siguiente página. Comenzó a desempacar sus cosas y se dejó caer en el asiento. Abrió su libro de ELA (Inglés como segunda lengua, sería la traducción del libro), pero no estaba segura qué página leer. Miró a su alrededor y vio a uno de sus compañeros de habla hispana.

—Oye... Oscar... ¿Qué tenemos que hacer?

Oscar la miró.

—¿Por qué debería decirte, tonta? —La palabra tonta estaba marcada y llena de odio. Irene se sintió herida por su comentario. Ella solo preguntó qué debían hacer, pero fue tratada como si pidiera las respuestas de una prueba. La niña simplemente se sentó allí, incapaz de hacer su trabajo. Irene trató de mirar el libro de Oscar para ver si podía ver el número de página, pero él lo estaba bloqueando con su brazo para asegurarse que no pudiera ver nada. Irene no se atrevió a preguntarle a la maestra. La señora G no tenía mucha paciencia para el primitivo inglés que Irene balbuceaba. Siempre la rezongaba porque, según la maestra, Irene no escuchaba las instrucciones. La niña, con lágrimas en los ojos, era incapaz de expresar que no era falta de atención, sino que eran las palabras que no podía comprender y más todavía cuando se las decían rápido. Irene pasó las páginas de su libro con aire aburrido, trataba de descubrir en qué página estaría el resto de sus compañeros de clase.

—¡Oh! Trabajamos en la página 420 ayer, ¡así que debemos estar en la página 421! .—«Toma eso, Oscar, ¡no te necesito!» Irene pensó alegremente. En un movimiento rápido, ella pasó a la página 421 y comenzó a leer. Miró a Oscar, quien la estaba viendo con enojo y confusión. Levantó su lápiz y garabateó unas palabras que más tarde la ayudarían a responder las preguntas que tenía que hacer.

—Muy bien, cierren sus libros y abran el de historia. —dijo la maestra.

—Pero aún no he terminado... —murmuró preocupada para sí misma. Suspiró y sacó el libro de historia de su mochila.

—Bien, clase, vamos a hacer un proyecto de grupo. Les he asignado cuatro compañeros con los que trabajarán y no quiero escuchar ningún reclamo. —dijo con autoridad la señora G. Comenzó a llamar de a cuatro estudiantes a la vez y los hizo parar en distintas partes del aula. El último grupo: Oscar, Irene, Michael y Annora. Irene se puso rígida. Todo a su alrededor pareció congelarse. Las fuertes voces de sus compañeros de clase apenas podían escucharse debido a los ruidosos pensamientos de Irene. «¿Qué? ¿Por qué ellos? ¿Por qué Oscar?» Oscar nunca le había resultado muy simpático a Irene, ella no podía comprender cómo, para sentirse aceptado, él negaba hasta su propio idioma. Ella se había prometido a sí misma que nunca olvidaría de donde venía. Se acercó a ellos tímidamente y bajó la cabeza mientras la señora G comenzaba a explicar el proyecto. Después de eso, a todos se les dio un poster grande.

—Po...podemos poner la información acá? —dijo Irene.

—Nadie necesita tu ayuda aquí, inmigrante. —Dijo Oscar. Los otros dos estudiantes se quedaron callados y también Irene. Odiaba la escuela, siempre se sintió como una pieza que no encajaba en un rompecabezas. Fuera de lugar. Siempre parecía que ella ni siquiera merecía ser escuchada.

Irene se sentó y los observó trabajar, ya que no la dejarían hacer nada durante todo el proyecto. Un par de minutos más tarde era la hora del almuerzo. Camino a la cafetería, ella se dejó empujar por algu-

nos estudiantes, quienes ni siquiera se molestaron en decir un simple discúlpame. La cafetería siempre era ruidosa, pero hoy era más escandalosa de lo habitual. El repentino ruido sobresaltó a Irene.

—¡No hay comida! ¡Las señoras encargadas del almuerzo no vinieron! — alguien gritó. Todos en la cafetería se pusieron enloquecidos. La gente corría y gritaba como animales salvajes Las maestras llamaron al director para explicarle lo terrible de la situación:

—Señor director, debemos alimentar a estos niños y los únicos ingredientes que tenemos son harina, sal y aceite ¡No podemos hacer nada con tan poco!

Irene pensó en sus tradiciones familiares, cuando cada viernes su familia reunida comía tortas fritas. Inspirada por el valor que le dieron sus recuerdos, tímidamente preguntó:

—¿Qué tal si hacemos tortas fritas...?

—A ver, Irene, explícate un poco sobre eso.

Irene les dio la receta familiar la cual, más que ingredientes, llevaba mucho cariño.

—¡Es una gran idea! —dijo el director. Los maestros comenzaron a tranquilizar a los estudiantes y a trabajar en la idea de Irene.

—¡Qué bueno, parece que almorzaremos algo muy rico! —oyó decir a alguien en una de las mesas más alejadas.

—¿Cómo sabía que podíamos hacer comida solo con harina, aceite y sal? —preguntó alguien más. Irene sonrió. Sintió que por primera vez era escuchada y valorada. Incluso les explicó que la verdadera receta no es con aceite, sino con grasa, que ella provenía de

un país que era uno de los principales productores de ganado del mundo y, por lo tanto, la grasa vacuna que usaban era de las mejores. Pero que, a veces, no tener los ingredientes ideales nos obliga a adaptarnos a lo que hay…

—Como lo hago yo, todos los días, cuando vengo a esta escuela. —dijo Irene con orgullo. Los maestros le dieron a cada niño un poco de masa y pronto todos estaban cocinando. Hasta el antipático de Oscar le hizo una carita sonriente a su torta frita que luego fue aplastada por su amigo. Irene sonreía de oreja a oreja. Todos parecían estar pasando un buen rato. Uno de los maestros le hizo señas a Irene para que lo siguiera. Él la llevó al frente de la cafetería.

—Tenemos que agradecer a esta jovencita por su rapidez de pensamiento y por aportar su experiencia de vida. El mundo es más grande de lo que nosotros conocemos y tenemos que dar la oportunidad a otros de compartir lo que saben. Beneficiarnos de sus aportes. ¡Sin ella todos nos hubiéramos muerto de hambre! —La cafetería vitoreó.

Irene pensó en cómo se sentía antes, cuando creía que su voz no importaba, pero ahora se dio cuenta de que todos tienen el derecho de ser apreciados, escuchados y tolerados. Ser diferente no está mal, cada uno debe estar orgulloso de su historia y de sus raíces. Ahora, por fin, la pieza del rompecabezas había sido volteada y encajaba perfectamente con la imagen.

*Connie Pierrelouis,*
*uruguaya residente en Brooklyn, Nueva York-Estados Unidos*

Importante: jugar y tener amigos

El sábado fui con mamá al parque acuático. Antes de llegar, vimos al costado de la ruta un puesto de venta de frutas y verduras.

Mi madre quiso parar porque le pareció que podría comprar verduras frescas a un bajo costo. Entonces nos detuvimos. Advertimos que los feriantes eran niños. Cuando saludamos, solo el mayor de ellos nos respondió el saludo. Les preguntamos si ellos plantaban esas verduras y las cosechaban. El mismo niño nos respondió que sí.

Mi mamá, como siempre, aprovechó para regañarme diciéndome que esos niños trabajaban bajo el sol y la lluvia y que yo me quejaba cada vez que tenía que limpiar mi dormitorio.

Cuando mamá estaba eligiendo las verduras, yo intenté conversar con uno de los niños que tendría mi edad. Él agachó la cabeza y no respondió a mi saludo. Me pareció raro. Yo le sonreí, pero él junto a su hermano se apartó.

Les pregunté cómo se llamaban, pero ellos no tenían ganas de relacionarse conmigo. Me pareció que tenían miedo y me quedé pensando. Entonces volvimos al auto con la verdura comprada. Fue allí que mi madre me contó que venían de Siria, un país en guerra, que habían perdido sus casas y sus cosas.

También habían dejado a sus amigos. Entonces, mientras mamá me contaba de Siria y sus problemas, yo me preguntaba, «¿por qué no me contestaron, si eran niños de mi edad? ¡Yo podría ser su nueva amiga!» Me pareció que tenían miedo.

Escuché a mamá decir que eran inmigrantes.

—¿Qué es eso? —le pregunté. Me dijo que eran personas que venían de otro país, que tenían una cultura diferente, que sus comidas eran distintas, su música, su forma de vestir, su idioma.

—¿Y por qué se habrán venido?

—Muchas veces se vienen obligados —me contestó—, buscando mejorar su calidad de vida, mejores empleos, para ganar más, pero... estos niños y sus familias vinieron porque en su país hay guerra y no se puede vivir en paz.

Entonces me pregunté, «¿Tendrán amigos?, ¿Con quiénes juegan? ¿Por qué no me respondieron? ¿Tendrán miedo?» Mi mamá me dijo que sus letras son diferentes a las nuestras. «¿Cómo? ¿La a no es la a? ¿Cómo se hace?»

Llegué a mi casa pensando en ellos y busqué Siria en la tablet. Me interesó saber cómo era su alfabeto, cómo era la letra a, «¡qué diferente! Y las ciudades... ¡todo destruido!» Sentí lástima de aquellos niños.

—No te preocupes, ellos están con sus padres. —me dijo mi madre.

—Sí, pero, ¿y sus amigos? ¡Son importantes! Ellos tienen derecho a tenerlos. ¿Y a jugar? ¡No van a jugar con sus padres! ¡No es lo mismo que jugar con amigos! ¿Y a través del celular se podrán comunicar con ellos? ¿Y su alfabeto? ¿Cómo hacen las letras? —Me quedé muy preocupada. No me imagino viviendo lejos de mis amigos, planeando, jugando, estudiando.

Y bueno... esta historia la hice pensando en esos niños sirios que venden verduras, van a la escuela y son inmigrantes. Estaría bueno invitarlos y mostrarles nuestras

diversiones, nuestros trucos, nuestros artistas favoritos, nuestros chistes, para que ellos también puedan contarnos sobre sus vidas, lo que les deja tristes y lo que los hace felices.

*Victoria Carballo,*
*uruguaya residente en Salto-Uruguay*

# La copa de Selim

Selim era un chico de Brasil, pero se mudó a Uruguay. No entendía mucho su lengua porque él hablaba portugués y los uruguayos español.

En su primer día de colegio todos lo miraban porque allí no había nadie moreno como él, se sentía un poco avergonzado y solo quería salir corriendo. Le iba mal en todas las asignaturas. En su cumpleaños su mamá le regaló un diccionario de español; empezó a leerlo hasta en los recreos, después de clases y cuando se acostaba también, hasta que un día, sin darse cuenta, hablaba español como todos.

Después de eso, empezó a leer libros de texto, primero le fue bien en matemáticas, después inglés, historia, ciencias, música, religión, tecnología, en artes también y lo que más le gustaba era educación física y, por último, lenguaje. Se sentía feliz aunque no tenía amigos aún, pero sí tenía una tortuga que se la trajo escondida de su querido Brasil dentro de su abrigo.

Con el tiempo su tortuga murió, pero en tercero conoció a Alonso que fue su mejor amigo. Aprendió a jugar fútbol y su mamá lo inscribió en un taller de fútbol y era muy bueno, le gustaba ser defensa. En un campeonato les iban a meter un gol por arriba y se hizo una chilenita hasta el arco del otro equipo, Desde ese día, por fin, le prestaron atención. Gracias a él ganaron su primera copa y, además, como ese equipo representaba a todo el colegio los compañeros de su taller le dijeron a todo el colegio que gracias a Selim ganaron su primera copa. Una semana después le entregaron una medalla por ser el mejor defensa y le preguntaron cómo hace para ser tan bueno en ese puesto y respondió que nunca miraba hacia atrás, siempre hacia adelante y que solo seguía su camino.

*Agustín Paredes Martínez,*
*uruguayo residente en Santiago de Chile-Chile*

# El niño de Brasil

Cuando empezaron los fríos llegó una familia nueva a la zona que venía a trabajar en la estancia Santa Fé. Cruzaron el río Yaguarón en un bote desde Brasil. Mientras el padre remaba, la madre de Marcio agarraba a la pequeña Simone en sus brazos. Venían en busca de una mejor vida.

Marcio llegó a mi escuela, que está allá entre trigales dorados, entre un monte y un maizal, con su madre y con Simone. Su moña era bien grande y su túnica me encandilaba de tan blanca. Quedé contento, iba a estar en cuarto año como yo. Todos lo saludamos, pero abrimos los ojos cuando nos dijo «bom dia».

Después de comer salimos al recreo a jugar a la pelota, nos pidió algo que no entendimos y corrimos hacia la maestra para preguntarle qué cosas raras estaba diciendo él : «pasa pra mim». La maestra nos dijo que eso quería decir que le pasaran la pelota a él y nos pidió que lo ayudáramos a hablar nuestro idioma.

Pasaron los días y el niño no quería jugar con nosotros porque cuando nos pedía algo nosotros, al no entenderlo, no se lo dábamos. Nos fuimos haciendo amigos mientras íbamos a caballo, porque la estancia en la que mis padres trabajan está cerca de donde vive él. Nos gusta ir charlando y casi todos los días nos bajamos a arrancar tangerinas en una tapera vieja para comerlas en el viaje. Nos hacemos piecito uno al otro para llegar a las más grandes y maduras.

Pero un día... Lautaro, que es de quinto año, iba a ver a sus abuelos por el mismo camino que nosotros y lo invitó a Marcio a correr una carrera de caballos porque sabía que no andaba bien. Él aprendió a andar recién cuando vino de Brasil.

—No es una buena idea. —dije.

—Lo voy a intentar. —me contestó mi amigo.

Aprontaron los matungos y di la largada.

—¡Pronto, listo! ¡ya!

En el medio de la carrera la tostada de Lautaro se asustó de una bolsa y le sacó el cuerpo. Lo único que vi en ese momento fue su mochila que voló lejos mientras él rodaba entre medio de las pajas.

—¡Lautaro, Lautaro! ¿estás bien?.—gritaba Marcio, mientras lo ayudaba a levantarse.

Fuí en un galope a traerle la tostada que se había alejado al galope. Cuando volví, Lautaro le estaba pidiendo disculpas a mi amigo por querer aprovecharse de él que no sabía andar bien a caballo.

—Te disculpo, pero no hagas lo que no te gusta que te hagan a vos. —contestó.

Los tres seguimos despacito por el camino, pero a partir de ese día nos dimos cuenta que tenemos que ayudarnos y tratar bien a los demás sin importar de donde sean, ni lo que saben.

*Nicolás Jara,*
*uruguayo residente en Cerro Largo-Uruguay*

# CATEGORÍA III INDIVIDUAL
## de 12 a 18 años

# Una vida en 23 kilos

Un 20 de noviembre de 2017 celebré mis 15 años llena de alegría, ilusión y temores. Una fecha tan importante para cualquier adolescente se convirtió para mí en celebración y despedida de familiares, amigos y de ese primer amor. Fue una noche de felicidad, amor, recuerdos y llantos, porque al día siguiente debía partir junto a mis padres, hermana y algunos familiares a un viaje que nos cambiaría la vida a todos.

Esa noche de celebración tenía sus horas contadas, debíamos culminar los preparativos para partir al día siguiente. Cada uno de nosotros tenía la oportunidad de llevar 23 kilos en una maleta, cosa difícil para el que tiene que migrar a otro país. Pasamos hasta el amanecer haciendo y deshaciendo las maletas. Era muy agotador y doloroso desprenderse de todo, solo tenía la oportunidad de escoger lo más necesario, lo más amado y un recuerdo de alguien importante.

Cuando preparas las maletas para salir de vacaciones es totalmente diferente, sabes que vas por unos días y regresas a casa, pero en esta oportunidad el regreso no era una opción.

De esta manera, comenzó nuestra travesía un 21 de noviembre de 2017 en un vuelo desde Maiquetía que nos llevaría a la ciudad de Puerto Ordaz. Ahí estuvimos dos días para compartir con mi abuela y despedirnos. Luego, continuamos el viaje en autobús hacia Brasil, país frontera con Venezuela. Luego de 20 horas, al amanecer, tuve una de las mejores y más impresionantes vistas, un paisaje lleno de montañas y llanuras, todo un monumento natural llamado la Gran Sabana. Un buen recuerdo para llevarnos de nuestro país.

En todo ese recorrido cuidamos nuestras maletas como

un gran tesoro, era lo único material que teníamos en ese momento. El cruzar la frontera fue una experiencia confusa, triste, pero a la vez alegre porque comenzamos a sentirnos libres y a salvo. Aferrados a ese sentimiento continuamos el viaje en avión por distintas ciudades de Brasil hasta llegar al país elegido, Uruguay. Desde ahí hemos comenzado de cero, con nuestras maletas llenas de ilusiones y esperanzas, ya que todo aquello por lo que mi familia había luchado se quedó atrás. Ahora estamos en un país lleno de derechos y oportunidades, donde si nos esforzamos podremos salir adelante y gozar de las cosas más básicas para un ser humano, como la alimentación sana, la salud, la estabilidad social y la seguridad, con la certeza que no habrá humillación o privación de la libre expresión.

Con todos los documentos legales pertinentes realizados, este 25 de junio cumplimos 7 meses y estamos en pleno proceso de adaptación en cuanto a costumbres, clima y todo los que nos rodea. Aplico hoy el lema de mi familia: «debemos dar lo mejor de nosotros, así estemos haciendo cosas para las que nunca nos preparamos, pero lo hacemos con entusiasmo, dignidad y humildad, porque sabemos ser agradecidos sin perder la fé de que todo estará mejor», para el país que me vio nacer y para Uruguay que nos dio la oportunidad de volver a creer.

Mis 23 kilos me siguen acompañando desde entonces y me dan fuerzas en este nuevo camino que hemos emprendido como familia.

*Albany Lazarde,*

*venezolana residente en Montevideo-Uruguay*

# Uruguay, nuevo hogar

Recuerdo que era en verano, posiblemente allá era agosto, cuando decidí emigrar fuera de mi querido país. Obviamente no es una decisión que se toma de un día para otro, a mi me tomó meses darme cuenta de la represión y actuar frente a eso, no aguantaba más, me tenía que ir...

Mi nombre es Francisco Martínez, tengo 34 años, y actualmente estoy viviendo en Montevideo, Uruguay. Vengo de un país latinoamerinano, donde viven mis padres, Ana María y José Francisco, mi esposa Juana y mi hija Rosita.

Mi esposa y mi hija son las personas más importantes para mi. Juana llegó a mi vida cuando ambos teníamos 15 años, al entrar a mi colegio tan solo con hablar nos enamoramos. Nos casamos a los 25 y tres años después tuvimos a Rosita que vino a completar nuestra felicidad.

Desde aquel verano comencé a ahorrar dinero para emigrar hacia Uruguay y también para que mi familia, a pesar de la distancia, tuviera sustento económico mientras yo no estuviera. Eso lo hice trabajando de lo que sé hacer, enseñar. Soy profesor de Economía en dos institutos privados.

Luego de acumular una cifra considerable había llegado el momento de partir y con este la terrible despedida de mi familia, de mi hogar, de mi patria. Realmente fue difícil, pero todo era por una mejor vida, en un mejor ambiente. Sabíamos que costaría, pero valdría la pena. Cargué conmigo fotos familiares, regalos, objetos típicos de nuestra cultura, entre otras cosas, para tener siempre presente mis orígenes.

Al llegar a Uruguay todo fue más fácil de lo que creí. Gracias a los ahorros me pude instalar en un hotel, luego decidí recorrer algunos lugares en busca de un apartamento y, de paso, conocer mejor Montevideo. La noche de

ese primer día recordé lo alocada que fue toda la jornada, pero reconocí que también fue una maravilla. A partir de entonces me di cuenta de que este país es especial y lo sería también para mi familia cuando vinieran.

Al día siguiente salí en busca de trabajo, pero me encontré con la dificultad de la revalidación del título. Mientras hacía los trámites para conseguirlo, me vi en la necesidad de buscar otro trabajo. En ese momento la alegría de estar en Uruguay y la facilidad con la que ingresé a él se terminó.

Después de unas semanas le envié un mensaje a mi esposa: «Costó encontrar trabajo, no es tan fácil hacerlo al ser inmigrante, claramente no es lo mismo que ser uruguayo. Estuve buscando durante semanas hasta que lo encontré, comencé a trabajar como repartidor de supermercado y también haciendo fletes.»

En realidad no me conformé, pero tuve que seguir trabajando cuatro meses hasta que pude traer a mi familia. Pasaron los días y mi esposa no conseguía trabajo, por lo cual, cocinó comidas típicas de nuestro país y yo comencé a venderlas luego de mi trabajo. Nuestras comidas se fueron haciendo conocidas y la clientela aumentaba. Así fue que decidimos traer a mis padres para llevar a cabo un proyecto juntos, poner un restaurante.

Mi madre se unió a mi esposa en la cocina y mi padre comenzó a cantar canciones típicas de nuestro país, ambientamos el local con adornos propios de allá, lo que atrajo a más clientes, especialmente coterráneos y nos hizo sentir verdaderamente en casa.

Rodeados de nuestra cultura y de nuestra gente se formó El Rancho Martínez. Gracias a sus frutos pudimos comprar el local y posteriormente construir nuestra casa al lado.

Y así nos fuimos adaptando a Uruguay, al conocer y compartir su cultura, pero también al dar a conocer y transmitir la nuestra.

Así fue mi travesía de migración a Uruguay, con momentos difíciles, pero con buenos resultados. Actualmente, mi hija tiene 10 años y está concurriendo a la escuela pública, El Rancho Martínez tiene mucho éxito, me une a mi familia, a mi querido México y a mi casa, Uruguay, simultáneamente.

*Facundo Rodríguez,*

*uruguayo residente en Rocha-Uruguay*

# En busca de defensores

Advertencia de la autora:

la historia que te dejo a continuación es muy importante, trata sobre hechos que son cualquier cosa menos ficticios, así que, por más fantástico que te parezca el relato, recuerda que es real y bastante serio (y la búsqueda también lo es).

Lo escribió una buena amiga, su nombre es Déim, y me pidió que lo publicara.

Cuenta acerca de la insólita reunión que lo cambió todo. Así que toma asiento, busca un mate, un café o lo que quieras y lee esta gran historia, que, recuerda, es real.

Reunidos en la Gran Mesa se encontraban todos los culmas latinoamericanos, es decir, los representantes de mayor rango de cada país: Son embajadores bastante especiales ya que literalmente personifican la cultura, costumbres y tradiciones de su país, el alma viviente y en constante cambio de cada nación. Hay un pedacito de nosotros en cada culma. Los culmas, ocasionalmente, se reúnen en la Gran Mesa siempre con un tema sumamente importante que discutir, pero aquella reunión era especial ya que rara vez estaban todos y cada uno.

Sin embargo, no se encontraban precisamente felices, sino más bien preocupados y algo enojados. El tema era polémico, aquella vez hablarían sobre la migración.

—La migración representa un problema para todos nosotros —decía uno de ellos con voz firme, y varios culmas asentían en aprobación—, somos los habitantes de nuestra nación y si vienen de otros países cambiarán nuestra cultura, perjudicarán las costumbres y alterarán nuestras tradiciones. La migración amenaza nuestra existencia original y única a la que defiendo para que sea irrepetible. —Tras una pequeña pausa agregó con fiereza— ¡Debemos controlar la migración!

Se escucharon vítores por parte de otros culmas en apoyo a lo que decía, pero algunos se mostraron sumamente desconformes. Al final de la Gran Mesa se escuchó un fuer-

te carraspeo, todos giraron y la mirada furtiva e imponente de Venezuela los hizo callar. Venezuela era un culma especial, un alma conformada por miles de inmigrantes y miles de nuevas culturas, su túnica tenía impresa una gran bandera tricolor, pero también tenía cientos de otras banderas adoptadas como propias por los venezolanos: Uruguay, Argentina, México, Chile, Perú, ... banderas de todo el mundo. Era un culma que representaba a los que estaban dentro y fuera de su nación.

Con voz serena, pero a la vez severa, Venezuela se unió a la discusión.

—Quien afirma que la adición de nuevas culturas a la nuestra la hace menos original y única está en la cúspide de la ignorancia. Esto no puede sino enriquecer la cultura, hacerla más especial y diversa, piensen en la comida típica más deliciosa de su país, ahora imaginen que se fusiona con la de otro, ¿serán menos deliciosos sus platos?, más bien que ahora serán mucho más increíbles. Además, seguramente, surgirán nuevos sabores que tendrán la primicia de probar, sabores que los harán únicos. Con la cultura pasa lo mismo, nuevos elementos la enriquecen y la hacen todavía más especial, acaso ¿no somos nosotros la combinación de varias razas, no somos casi todos hijos de inmigrantes? No queda casi nada de nuestra cultura originaria y eso no nos hace menos especia... —Venezuela interrumpió su discurso, las luces se habían ido y la oscuridad reinaba en el salón— ¿Qué está pasando? —preguntó.

Se escuchó de pronto un grito de horror en el salón, seguido de otro y otro más. Los culmas observaban con terror cómo una garra grotesca iba rasgando sus ropas y sus rostros; gritos, llantos y llamados de auxilio inundaban la Gran Mesa y solo empeoraban la situación que parecía una sangrienta cacería. Algunos intentaron huir, pero las puertas estaban cerradas y no fue sino hasta que el último de ellos recibió la dolorosa caricia de aquella garra grotesca que las luces volvieron.

Todos estaban heridos y tenían muchísimo miedo, una risa

macabra disipó cualquier otro ruido, provenía de una espantosa criatura antropoide, de colmillos afilados, garras monstruosas, espalda encorvada, alas de águila, cuernos de toro y el rostro de una mujer joven con una larga cabellera azabache. Sus ojos eran lo más terrorífico de su anatomía, totalmente negros, parecía que querían robarte el alma y albergar al más horrible de los demonios.

Uruguay se armó de valor, el país pequeño de gran corazón, y le preguntó a la horrenda criatura su nombre y el porqué de su horrible acto.

—Mi nombre es Déima y si ustedes son la personificación de todo lo bueno de sus naciones, yo soy la personificación de todos sus miedos y preocupaciones, ustedes tienen elementos de la cultura y tradiciones, pero yo, en cambio, soy una fusión de todos los mitos y leyendas que los aterraban hace siglos y que lo siguen haciendo bajo otras máscaras. A diferencia de ustedes soy solo una, porque en el fondo todos poseemos los mismos miedos, todos somos seres humanos, aunque en ocasiones a algunos se les olvida que es así. Por eso es que les dejé la cicatriz como recordatorio, porque muchos habitantes de sus naciones no están siendo tratados como los seres humanos que son, se les discrimina, se les aparta por ser y pensar diferentes, por su aspecto, religión u opiniones, se les hace sentir inferiores, los privan de derechos. Hay, por eso, niños perdidos sin educación, otros que en el colegio sufren burlas e intimidaciones, muchos son acosados, otros jóvenes se pierden por caminos oscuros sin un guía. En algunos países existen problemas mucho más profundos que van más allá del control de las personas, pero que igualmente los dejan marcados de por vida, es así que cuando estos problemas se dan a gran escala las personas huyen o se embarcan en un viaje hacia un puerto más seguro, lejos de las tribulaciones del mar de su país...

Todo esto Déima lo decía con fervor, sus alas revoloteaban y se movía frenéticamente, con pasión. Luego, con voz más serena agregó:

—Hoy vengo a recordar que todos somos humanos y que ustedes, al igual que yo, deberían ser solo uno, porque los culmas latinoamericanos tienen más similitudes que diferencias y todos estamos movidos por los mismos miedos y preocupaciones, con culturas muy parecidas y con una pasión reconocible en cualquier lugar... Las cicatrices se irán cuando se esfuercen por corregir las injusticias sin que sea necesario recordárselo al verse en el espejo, no vine a hacerles daño, vine a abrirles los ojos.

Y en un pestañeo las luces se apagaron y encendieron, pero Déima ya no estaba.

Los culmas estaban horrorizados, pero no se quedaron estáticos, se apoyaron unos a otros, se curaron las heridas, ordenaron el salón y se quedaron en la Gran Mesa para discutir sobre lo que había sucedido. Ya no tenían miedo.

—Estoy furiosa. —dijo Panamá—. ¡Esa tal Déima no tiene ningún derecho de hacernos esto y sus acusaciones están fuera de lugar! En nuestros países existen normas, leyes, constituciones y organismos que se encargan de proteger a las personas. ¡Luchamos por ellas! No puede simplemente venir aquí, herirnos y acusarnos, para luego desaparecer sin ni siquiera escucharnos.

—Ciertamente pudo haber sido más sutil —replicó Perú—, pero lo que dijo no deja de ser cierto, a pesar de todas estas medidas, la dura verdad es que los problemas y todas las cosas horribles que nos dijo Déima suceden dentro y fuera de nuestras naciones y, lamentablemente, la mayoría de las veces pasan desapercibidas ante la ley y ante las instituciones encargadas de hacerlas cumplir.

—Entonces, si ni siquiera la ley ni la constitución ni los organismos pueden evitar que ocurra todo esto, aunque ellos son tan importantes y pueden castigar por la fuerza, ¿qué puede evitarlo? —planteó Colombia y dejó una enorme incertidumbre en la sala.

—No qué —respondió Uruguay— sino quién. La solución es simple, está en las personas. Pueden existir los mejo-

res y más eficientes organismos o las leyes más justas y equitativas, pero si las personas no quieren cumplirlas y los demás son indiferentes ante las injusticias de nada sirven. Debemos luchar desde adentro, debemos trabajar desde la conciencia de cada uno, después de todo, así como hay un poco de cada persona en los culmas, también hay un poco de culma en cada persona, podemos ayudarlos a ser mejores.

Todos estuvieron más que de acuerdo con lo que Uruguay planteaba, así que por votación unánime los culmas crearon la Organización Fantástica de Defensores, también conocida como la OFAD, que se encarga justamente de defender los derechos de las personas y de hacer justicia.

Solo les llevó un día deshacerse de la indolora, pero bastante fea cicatriz, que ya no les hacía falta para recordar el por qué luchaban. Déima, no por su aspecto terrible, se convirtió en un aliado que habla en nombre de los que tienen miedo de las personas que son verdaderos monstruos.

Habla más que todo en nombre de los inmigrantes, aquellos que ningún culma puede representar con precisión en toda su diversidad.

La OFAD sigue trabajando y esforzándose, pero los culmas necesitan muchísima ayuda, te necesitan a ti, ser humano que estás leyendo esto, necesitan que de vez en cuando dejes salir el culma que llevas dentro y trabajes como defensor junto con la OFAD.

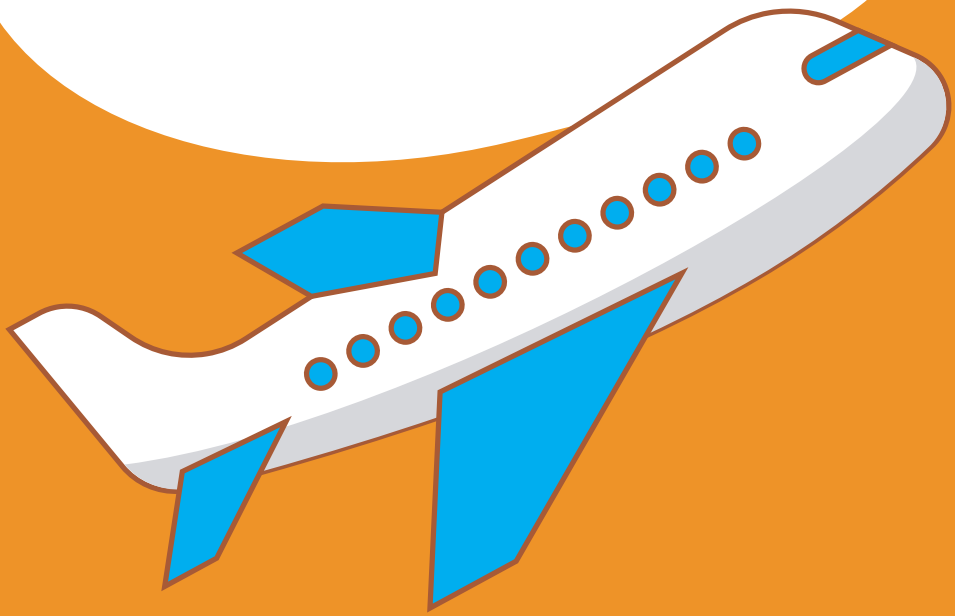
—¿Aceptas el reto?

Atentamente, Déima.

*Dairelys Gutiérrez,*

*venezolana residente en Montevideo-Uruguay*

# Color esperanza



Nila se encuentra en su negocio ubicado en el centro de Caracas. Pronto llegará Carlos, su único hijo y juntos regresarán a su casa como todos los días.

Carlos acaba de cumplir 15 años. Es su compañero desde que se separó de Juan Carlos, su papá, hace ya dos años. No ha sido fácil su vida en los últimos tiempos, el dinero no alcanza. El negocio no está dando casi ganancias, se hace difícil conseguir los insumos, los clientes ya no consumen tanto. Nila tiene una panadería y organiza fiestas. Hace un tiempo solía ser un negocio muy próspero, pero desde que se instaló la crisis todo es incierto. Carlos ha tenido que cambiarse de colegio. Antes iba a uno de las mejores escuelas de la ciudad y este año comenzó un colegio secundario público. Lo bueno es que allí no está tantas horas y tiene más tiempo para compartir con ella. Sin él su vida no sería lo mismo.

Es casi la hora de cerrar; Carlos sale a las 18:00 horas y el micro lo deja en la esquina de la panadería. Ella debe apurarse a cerrar si quiere terminar antes de que su hijo regrese. Pasan los minutos y Carlos no llega. Nila se empieza a preocupar. Últimamente es común que se produzcan enfrentamientos entre civiles y militares en las calles de la ciudad. Seguramente el tránsito a esa hora estaba complicado y retrasó la llegada del micro.

Al pasar el tiempo su preocupación aumenta y decide llamar al colegio, nadie responde. Sube al auto y conduce rápidamente. Cuando llega a la esquina del colegio ve mucha gente, se escuchan gritos y sirenas. Baja del auto y corre. Un nuevo enfrentamiento entre estudiantes y militares. Nila está viviendo una pesadilla. «¿Dónde está Carlos? ¿Estará bien?» Sigue corriendo hacia el colegio y parece no avanzar. Ya está a unos cincuenta metros cuando siente que alguien la agarra fuerte y le pregunta adónde va. Es un hombre alto, armado y ves-

tido de militar. Ella le explica que busca a su hijo que no llegó del colegio y se echa a llorar. El hombre le pide que se calme, que hay jóvenes dentro del colegio y que cuando todo pase volverá a estar con su hijo, si colabora. Es imposible encontrar la calma, si su hijo es lo único que tiene. Respira hondo como le enseñaron en su clase de yoga. El militar habla por un transmisor y le pregunta el nombre de su hijo. Más tranquila responde que se llama Carlos Cuevas. El hombre le pasa el transmisor y escucha entre las sirenas y los gritos la voz de su hijo. Él está bien, a salvo junto a otros compañeros y profesores. Es cuestión de esperar.

El tiempo pasa, ella no sabe si fueron diez minutos o diez horas, pero confiaba en que todo iba a estar bien. A esta altura ya las fuerzas militares controlaban la situación. Nunca le había tocado participar de algo similar, solo lo había visto por televisión. Había un olor nauseabundo, mucho ruido, humo y gente que corría por todas partes, no podía creer lo que estaba viendo.

La multitud se disipa. Alguien la llama en medio de la cortina de humo. Es una voz conocida. Es Carlos que corre a abrazarla. Se van juntos, abrazados, callados y con paso apurado hacia el auto como si quisieran huir de una pesadilla.

Llegan a su casa en las afuera de la ciudad. Luego de la ducha se sientan a cenar. Hasta el momento solo habían cruzado algunas palabras, las indispensables. Se miran y lloran juntos largo rato. Suena el teléfono. Es Juan Carlos que, como todas las noches, llama a su hijo. Esta vez la charla dura más que de costumbre y Nila también habla con él, está preocupada, asustada, no puede más.

Esa noche Nila no podía dormir. Pensaba en la angustia que sintió mientras esperaba a su hijo, en esos jóvenes que gritaban y corrían perseguidos por la policía.

Pensó en el dolor y el miedo. Pensó que Carlos estaba creciendo y tenía derecho a caminar por las calles sin temor, a tener amigos, a confiar en la gente, a estudiar, a trabajar y a formar una familia como ella lo había hecho. ¿Qué está pasando en su país donde fue tan feliz? ¿Qué cambió en los últimos tiempos?. Hasta ahora nunca le había tocado sentir la violencia tan cerca. Era hora de hacer algo. Se conectó a internet para buscar qué país cercano podría brindarle apoyo y envió mails. Estaba decidida a dejar todo e irse adonde fuera con su hijo. Tenía algunos ahorros que podía usar para los primeros tiempos, se llevaría lo que pudiera y lo que no, quedaría en manos de Juan Carlos.

Al otro día acompañó a Carlos al colegio y habló de lo sucedido con la directora. Luego se fue a su trabajo para seguir pensando. Durante la cena se lo diría a su hijo.

En la tarde había recibido tres respuestas de embajadas de países de Sudamérica donde le explicaban cuál era el procedimiento a seguir. Leyó atentamente las condiciones y googleó información sobre la ubicación, el clima, las condiciones de vida, las leyes para migrantes, los derechos humanos, las posibilidades laborales, el sistema educativo, la seguridad... Lo hablaría más tarde con su hijo, pero ya estaba casi decidida.

Esa noche luego de la cena le contó a Carlos lo que estaba pensando. Él se puso un poco triste. Creía que su madre era una exagerada. ¿Se iban a ir del país porque se retrasó al salir del colegio? ¡No entendía nada!. Cuando su padre lo llamó lloró, protestó y gritó hasta que finalmente pudo escuchar. Sus padres le explicaron cosas que nunca le habían contado. Le hablaron de derechos, de vulneraciones, de libertad, de peligro,de violencia. Estaba muy confundido.

Al fin pudo preguntar, Uruguay, «¿un país tan pequeño tiene lugar para gente que no es de ahí?, ¿tendré nue-

vos amigos?, ¿podré seguir con mis clases de música?» Su madre lo miró y le habló otra vez de derechos, de educación, de libertad, de oportunidades. Así fue que partieron, tomaron un avión, como cuando se iban de vacaciones, y volaron muchas horas hasta llegar a un lugar que desde el cielo se veía muy verde, el color que, según dicen, es el la esperanza.

Un señor los esperó en el aeropuerto y los llevó a una oficina, allí le asignaron un liceo al que podrá concurrir y donde hará nuevos amigos. Su mamá comenzará la próxima semana en un trabajo nuevo a prueba y buscarán un apartamento donde vivir. Es increíble que las cosas no fueran tan difíciles como él se había imaginado, acá le dicen políticas para migrantes. La gente es muy amable y hablan raro.

Nila suspira aliviada, vuelve a sonreír y no se cansa de agradecery abrazar a su hijo por esta oportunidad.

*Lucía Molina,*
*uruguaya residente en Rocha-Uruguay*

# CATEGORÍA IV INDIVIDUAL
## de 19 años en adelante

# Mi primer año en la escuela

Encaminaba a mi hijo a su primer día de escuela, era un día frío de setiembre. Mi estómago era un nido de mariposas, pero estoica trataba de transmitir seguridad a mi pequeño. Y sí, aunque no parezca, las madres somos una mata de nervios permanente cuando de nuestros hijos se trata.

Sus ojitos caribeños no entendían la moña y la túnica, pero le quedó claro que no la usaba correctamente cuando al llegar a la escuela notaron que le había dado una vuelta alrededor del cuello y que, por eso, el pobre chico parecía tener, más que una moña, una bufanda.

Resuelto el tema de la moña, le di beso en la frente, le acomodé su morral y le transmití la seguridad que yo no tenía. Pasaron las horas, para mi eternas, lo imaginaba solo en una esquina o llorando por mamá. Al fin nos vimos de nuevo a la hora de la salida.

Me contó que ni bien llegó un compañero se acercó, empezaron a charlar y lo invitó a jugar al fútbol y al momento ya estaban todos en el patio haciendo goles. Hacer amigos fue un problema que la pelota de papel supo resolver. Me dijo con voz de sorpresa y alegría,

—¡Mamá es que aquí hasta las niñas juegan fútbol y si vieras cómo!

Al final de esa semana ya no decía arquero sino golero y renunció a los termos de muñequitos para llevar su bebida en botellas plásticas de refresco que podía usar de pelota al finalizar la merienda.

Al segundo lunes, estaba más tranquila. El niño parecía adaptarse socialmente de manera formidable. La preocupación ahora era la comida. Los chicos comen en la escuela y este chiquillo es de paladar caprichoso. Seguro que acá no iban a dar arepas, ni cachapas,

ni tostones y menos tajadas. Pero esa duda también se despejó un día en casa, justo antes de la cena, cuando se acercó a la cocina para preguntarme si yo podía aprender a hacer esa carnecita con pan pegado que le daban en la escuela y que le gustaba mucho. Me contó que sus amigos le enseñaron cómo se ponía dentro del pan, que se sirve para acompañar el almuerzo y que de esa forma es aún más deliciosa. Así terminamos la segunda semana de clases, aprendiendo los dos. Él asimilaba la cursiva y yo ensayaba recetas de milanesa en dos panes.

A las pocas semanas me pidió que le mandara ración extra de tequeños y de arepas en la merienda, porque sus amigos le pedían para probarlas y se terminaban comiendo casi todo. Así que ahora va la merienda del niño y otra extra para compartir.

Otro día, mientras salíamos de la feria, gritó de pronto «¡Panadero!» Y salió corriendo por la vereda, mientras yo trataba de encontrar a algún señor que vendiera pan; trataba de procesar qué clase de pan vendería para causar tal alboroto, porque no entendía nada. El panadero resultó ser una motita de esas que traen las semillas de Diente de León. Recién ahí me contó de las carreras para atrapar panaderos en el patio de la escuela.

Según los deberes, ya hemos leído juntos sobre Artigas, los 33 Orientales, Quiroga y Carlos Paez Vilaró, entre otros tantos. Aprendemos los departamentos del país y para recordarlos los asociamos al lugar de origen de los jugadores de la Celeste. Obviamente se aprendió primero Salto. Además va al baby fútbol donde sueña ser Suárez o Cavani, cuyas camisetas se han convertido en casi lo único que usa.

Con el tiempo nos volvimos expertos en la moña y aunque la túnica le da calor cuando asoma el fin de año, me dice que le gusta porque no importa que lleven puesto debajo. Solo le preocupan los championes para poder jugar al fútbol en el patio.

Así, en un abrir y cerrar de ojos, llegamos al 19 de junio del año siguiente. Allí estaba, cantando orgulloso un himno que nos compromete a saber cumplir, a prometer una bandera que ahora siente tan suya, como esa tricolor que ondea en el suelo que dejamos. Me miraba pícaro y sonriente, mientras yo, inundada de orgullo, recogía mis lágrimas que no podía contener.

*María Eugenia Contreras Duque,*

*venezolana residente en Montevideo-Uruguay*

# El pequeño Javi

El pequeño Javi se encontraba perdido cuando, desde el patio del recreo, llegó al comedor. ¿Cómo reconocer cuál era su grupo de clase entre tanta túnica blanca?

Tampoco osaba preguntarle a los otros niños, temía que le espetaran una vez más un comentario sobre su acento andino o, lo que era peor, sobre alguna palabra que encontraban rara o sin sentido.

Durante el recreo había estado perdido en su imaginación, veía los paisajes tan entrañables de su comarca, recorría los largos caminos que otrora lo llevaban a la escuela o al mercado o cuando acompañaba a su mamá y la ayudaba a llevar los bonitos botijos y figurines que ella moldeaba y pintaba con sus propias manos, con la esperanza de poderlos vender para poner un trozo de tocino en la olla, según le explicaba.

Pero ahora trataba de concentrarse, escudriñando las caras de todos esos otros niños en un esforzado intento de encontrar su lugar. Además, le habían dicho que les correspondía un número según el orden alfabético de los nombres, ¿o era de los apellidos? ¡Qué embrollo se estaba haciendo!

¡Claro! Cómo no se dio cuenta antes, delante de las filas estaban las maestras y él recordaba muy bien la suya, especialmente su cara y, sobre todo, que le había llamado la atención lo enrulado que tenía el pelo y que lo llevaba sin sujetar. Además, ella se había mostrado muy gentil y había esbozado una sonrisa de esas que le dan confianza a uno y lo tranquilizan. Así que, dándose coraje, se dijo que no tenía más que mirar hacia arriba, por delante de las filas de niños, y seguramente iba a encontrarla.

Bueno, con esto ya se sintió más confiado y se adelantó lo suficiente como para distinguir el rostro de su maestra y reconocerla entre todas. En cuanto al número que no recordaba, ya ella le indicaría cuál era y dónde debía

colocarse, a que sí. Y así fue que Javi pudo reencontrarse con su grupo y volver al salón de clase. ¡Ah, además de comprobar una vez más en el día que tenía la maestra más buena y simpática de todas!

Ya sentado en su lugar en la clase, delante de su cuaderno, trató de seguir atentamente lo que la maestra decía. No era fácil, había palabras algo extrañas para él y no le quedaba muy claro qué era lo que la maestra explicaba. Seguramente se le notaba en la cara, porque ella le preguntó gentilmente si entendía todo, al mismo tiempo que avanzaba hacia él para indicarle en el libro la parte que estaban tratando.

Al tenerla tan cerca, Javi se armó de coraje, levantó su cabecita para mirarla y le dijo que se sentía raro, como perdido, que todo era tan diferente, que estaba como atontado. Esa misma mañana le había prometido a su mamá que iba a portarse muy bien, que estaría atento y aprendería todo lo que le enseñaran, pero ahora temía no lograrlo... y, entonces, se interrumpió para ahogar un sollozo.

La maestra lo miró con ternura y empatía mientras le decía que no tenía que ponerse triste, que de a poco se le iba a pasar ese sentimiento y que todas sus compañeritas y compañeritos iban a colaborar para ello.

—Claro. —dijo con voz algo más fuerte, eran muchas cosas y todas nuevas para él desde que dejó su tierra natal.

Luego, la maestra continuó dirigiéndose a toda la clase:

—Vamos a ver ¿quién sabe decirnos de qué país viene Javi? Y ¿qué conocen de ese país? ¿Cómo se sentirían si dejaran todo lo que los rodea aquí y pasaran a vivir en ese país o en otro del que no conocieran las costumbres o el idioma?

Las manitas en alto se agitaban, unas veces más y otras menos, abrían camino a las respuestas que aquellas niñas

y niños aportaban, mientras que poco a poco comprendían que lo que más precisaba Javi era sentirse acogido por el grupo. No era cuestión de hacer hincapié en las diferencias, ya fueran de aspecto o de lenguaje, sino de afianzar la relación a partir de las similitudes y abrirse a lo nuevo enriqueciéndose con el intercambio.

Entre todo ese revoloteo, el propio Javi pudo expresar algo de lo que sentía a partir de sus vivencias y poco a poco fue comprendiendo que no estaba solo, sino que era un alumno más en ese grupo, en esa escuela, que el Uruguay era su país de acogida y que, de ahora en adelante, le tocaba forjar y recorrer una nueva etapa de su vida.

Cuando la campana resonó en toda la escuela anunciando el final de la jornada y luego que la maestra saludara a todos con un hasta mañana general, Javi salió del salón de clase junto con los demás niños y niñas ansioso por reencontrar a su mamá y contarle cómo había pasado esa primera jornada en su nueva escuela.

*Norma Visconti,*

*uruguaya residente en Montevideo-Uruguay*

Kiora

Aquella niña era rara, no apenas diferente, sino muy rara. Este pensamiento venía a la cabeza de Felipe al mirar por su ventana hacia afuera del condominio.

La primera vez que vio a esta niña fue un sábado por la mañana, cuando ella llegó con sus padres y su pequeño hermanito. Un día lluvioso, un par de valijas, un andar torpe y rápido hacia las escaleras de uno de los ocho edificios del condominio, una mirada lejana, tímida, junto a un silencio curioso. Detalles que no dejaron a Felipe detenido en sus pensamientos aquel día, porque como niño de 8 años en un sábado por la mañana sus planes eran jugar en los espacios que ofrecía su condominio, juntarse con otros vecinos para patear una pelota, deslizarse en el tobogán o jugar a las escondidas.

No volvió a verla hasta el lunes, cuando entró al patio de la escuela a las 8 de la mañana y una mirada entre muchas le recordó que no era la primera vez que aquellos ojos se cruzaban. Y de la misma forma, como dos días antes, aquella mirada fue fugaz, tímida.

Al entrar a la clase su maestra pidió atención y dijo:

—Vamos a darle la bienvenida a Kiora, desde hoy será nuestra compañera. Ella estará con nosotros un tiempo, tengan cuidado al salir y entrar del salón, porque precisa de más tiempo para moverse. Y terminó la presentación pidiendo un aplauso.

La maestra sentó a Kiora en el tercer banco de la fila de la izquierda, junto a la ventana. Era inevitable mirar hacia ese banco, a veces todos al mismo tiempo, aunque nunca alcanzáramos su mirada.

Así, días tras día, en el salón nada era diferente. La voz de Kiora no se conocía. Las niñas continuaban sus juegos a la hora del recreo y nosotros, los varones, también. Mientras, Kiora solo esperaba que la hora pasase junto al viejo árbol del patio y dejaba escapar una disimulada

sonrisa al observar alguna caída, algún juego.

De ella solo sabía su nombre, veía sus dificultades para moverse, rengueaba y tenía un ojo cerrado que se cubría con las enormes ondas de su cabello largo, oscuro. De sus padres no sabía nada. Hasta el siguiente fin de semana que mi mamá, a la hora del almuerzo, comentó de los nuevos vecinos extranjeros. Venían de Nauru, país muy pequeño y con pocos recursos. Salieron los cuatro con mucha dificultad y recorrieron otros lugares antes de llegar aquí, en tanto se preparaban para la cirugía de Kiora.

Como todo fin de semana, la convocatoria era en el condominio, así que bajé para encontrarme con los vecinos. Pero al llegar a la arena de los juegos solo una persona estaba sentada junto a las hamacas, sin saber cómo iniciar una conversación le dije:

—Yo te conozco, sos la nueva de la escuela, estamos juntos en el salón. —Apenas sonrió. Y continué— ¿a qué te gusta jugar?

Levantó sus hombros ligeramente y no emitió sonido.

Así que me senté en la hamaca y la invité para ver quién llegaba más alto.

Sonrió de verdad esta vez y noté que era linda.

En aquel silencio, solo de miradas y sonrisas, pasé una de las mejores mañanas.

El lunes, en el salón, noté que sus ojos me buscaban, pero en la escuela hay tantos amigos que no me detuve a acompañarla como en el condominio.

Gustavo, que también vive en el mismo lugar, nos observó aquella mañana, y ahora en la escuela. En medio del recreo, me preguntó:

—¿Te contó algo la rara el otro día?

Sabía a qué se refería, pero me hice el bobo y le respondí:

—¿De qué hablás?

—De la de afuera, te vi que jugaste en las hamacas.

Y sonó la campana de fin de recreo. Al ir rumbo al salón otros compañeros se me acercaron y me preguntaban cosas como: «¿Qué hace en Uruguay? ¿Por qué camina así? ¿El ojo le quedará así para siempre? ¿Es antipática?»

—¡Uf! —Yo no había pensado en tanto.

Los días fueron pasando. Mamá se había comprometido para recaudar fondos para la estadía de Kiora y su familia. Todo el condominio colaboró, vendían tortas, hacían rifas, ofrecían bonos. Mientras eso sucedía, en nuestro día a día nada era diferente. Hasta que un día mamá me preguntó si había hablado con ella.

—Ella no habla. —le respondí.

—O tú no te le acercas. —me contestó.

Era pequeño para pensar en eso, pero no tanto para entender que me gustaba estar cerca de los otros.

El día antes de la cirugía, un domingo, nos encontramos por segunda vez en la arena de juegos. No recuerdo cómo comenzamos a conversar, no sé si yo la busqué o ella me esperaba. Pero ese día supe la verdad.

Con asombro escuché sus vivencias. Kiora había recorrido varios países, varias ciudades en busca de una mejor calidad para su deficiencia física. Había desarrollado el arte de esconderse, sin ocultarse totalmente, había aceptado que su condición la llevaría a diferentes lugares. Conocía el amor incondicional de la familia, sentía la compasión, la curiosidad y a veces la indiferencia de las miradas ajenas. Era reconocida por su apariencia, tenía dificultades, pero tenía tanto para compartir.

Hablaba tres idiomas, conocía lugares que yo nunca había oído nombrar. Había comido alimentos extraños en sus estadías. Tenía muchísimas historias lindas y de las otras.

Era pequeña, pero hablaba como adulta, miraba como adulta y esperaba. Me confesó que nos llevaría tiempo aprender a vivir en su compañía, a descubrirla. Y que eso le pasaba a todos, sin importar la cultura. Esa tarde viajé sin moverme del lugar, me reí, y hasta por dentro lloré. Esa tarde sería la primera y la última que escucharía su verdadera voz.

Kiora partió para realizar su cirugía. No volví a verla en la escuela. La hamaca en el patio también estuvo quieta.

Un tiempo después, en el recreo, me vi rodeado de mi clase que me escuchaba con atención. Kiora volvió, yo la traje, y la conocieron todos.

Mi voz contó su historia, aunque mis brazos no pudieron alcanzarla, y su presencia hizo honor al significado de su nombre: hola y adiós.

*Karina Inzaurralde,*
*uruguaya residente en Minas-Uruguay*

# El regreso

Néstor miró su boleto de embarque con nerviosismo. Ya había viajado en avión antes, pero siempre se sentía nervioso en los aeropuertos. Tenía la percepción de que ese no era un sitio real, sino un lugar perdido al que él no pertenecía y al que nadie de los que estaba allí pertenecía. Era esa misma sensación de no pertenencia la que lo había embargado por más de tres años en ese país que no era el suyo y del que ahora tenía la oportunidad de huir.

Había nacido en Uruguay, un pequeño país perdido al sur de Sudamérica que casi nadie en el mundo conocía. En algún momento de su vida eso llegó a molestarle, aunque no recordaba bien porqué. Sin embargo, ahora, ya pasados largamente sus cuarenta años, esa condición de semi-invisibilidad de que gozaba su tierra le daba una inexplicable sensación de tranquilidad. Le habían preguntado muchas veces de dónde era. Él solo decía «Uruguay», sin dar más explicaciones. Siempre había sido de pocas palabras, por lo que las explicaciones le resultaban una molestia. Casi siempre surgía, con patetismo infantil, el nombre de algún jugador de fútbol y la pregunta de si Uruguay era el que no tenía salida al mar.

Aún faltaban dos horas para el abordaje. Dos horas era mucho tiempo. Demasiado. Percibía los pasos nerviosos, las miradas perdidas, las palabras tensas, los sonidos confusos. De repente, tuvo el impulso de salir corriendo, de dejar ese laberinto de ratas venidas de no sabía dónde. Se contuvo, trató de apaciguarse, solo había que esperar un poco.

Los recuerdos llegaron casi como un consuelo. Había tenido una niñez pobre y necesitada y el resto de su vida le había resultado mezquina y complicada. Había vivido

desde pequeño la injusticia, la ira y la impotencia, por las cuales había desarrollado, casi sin darse cuenta, una especie de rebeldía incomprendida, de inadaptación molesta. Aunque tenía momentos de felicidad, sentía de forma permanente una inquietud de la que no lograba evadirse. Tal vez por eso desarrolló una personalidad ensimismada y solitaria. No era que le desagradaran las personas -de hecho le resultaba fácil relacionarse-, sino que sentía siempre una distancia, una falta de apego de la que era consciente, pero que, sin embargo, no lograba superar. Esa misma soledad, que a veces disfrutaba, pero que la mayor parte del tiempo sufría, le había permitido reflexionar largamente sobre sí mismo. Había aprendido a ser honesto y discreto. Estas cualidades, además de su carácter apacible, le habían permitido obtener trabajos como personal de confianza, aunque nunca se sintió a gusto totalmente. Le molestaba seguir órdenes, así de sencillo.

A sus cuarenta años ya estaba cansado de seguir órdenes. Aunque tenía un buen empleo y vivía cómodamente, esa necesidad de liberarse que había sentido toda su vida no lo dejaba en paz. Además, había conseguido, no sin mucho esfuerzo, graduarse en la universidad, lo cual hacía que su inquietud fuera ya insoportable. Y, como si todo hubiera sido planeado, en esa misma época conoció por internet a Ana, una bella mujer que vivía en un país lejano y tropical. Esa fue la gota que rebasó el vaso... y la excusa perfecta. Entonces, antes de tener tiempo de arrepentirse, renunció a su empleo y se fue.

Siempre había sido optimista y pensaba que, aunque estuviera en un país extraño, si actuaba como había ac-

tuado siempre, con tenacidad e inteligencia, todo saldría bien. Hizo planes, soñó, sintió esperanza. Al principio su optimismo y el amor encontrado le permitieron superar con relativa indiferencia las primeras dificultades, pero pronto se dio cuenta que esas dificultades no eran las mismas que había sabido afrontar en su país. Lo primero que le chocó fue la comida. Aquí no podía pedir asado en una carnicería, el pan francés era escaso, el vino solo se conseguía en algunos supermercados, nadie vendía pasta fresca, la pizza no era como debía ser la pizza, el queso no era como debía ser el queso y conseguir yerba como la que se toma en Uruguay era prácticamente imposible. Lo segundo fue el clima. Aquí siempre era verano. Jamás hubiera imaginado que extrañaría el frío, la lluvia y el viento gélido de su país, pero así era. También extrañaba las estaciones, allí estaba siempre todo verde y siempre hacía calor, lo cual acentuaba su sensación de tedio y monotonía. Estar con calor, sudar y sufrir el acoso de los mosquitos todo el tiempo no era precisamente lo que se había imaginado. Lo tercero fue la topografía. Le tocó llegar a una zona montañosa y selvática, totalmente diferente a la suave ondulación que había visto toda su vida. Aquí no había mar y el horizonte estaba demasiado alto y demasiado cerca. Rara vez se veía esa lente clara, diáfana y profunda que tanto disfrutaba en Uruguay, por el contrario, aquí el cielo era casi siempre de nubes espesas y oscuras. Le era difícil expresar la sensación de opresión que esto le producía. Extrañaba de forma indecible pasear por la rambla y contemplar aquel horizonte lejano y limpio. Parecían trivialidades, pero estas cosas empezaron a socavar lentamente el estado de ánimo de Néstor.

Trató de emprender su propio negocio, pero se cruzó con

muchas dificultades. En primer lugar, el acento. Allí también hablaban español, pero tenía que hablar despacio porque no le entendían. Él, a decir verdad, tampoco entendía ciertas palabras, lo cual le dificultaba bastante la comunicación. Pero lo que más le desagradó fue darse cuenta que los demás lo veían con desconfianza y esto era particularmente sensible para Néstor, ya que había hecho de la confianza un modo de vida.

Pronto se quedó sin dinero. Con lo que Ana ganaba no podían vivir los dos, así que, resignado, tuvo que buscar empleo. No fue fácil, ya que esa desconfianza que generaba -y que él no lograba entender- parecía estar en todos lados. Aun así, luego de buscar por mucho tiempo, lo consiguió. Pero nunca se adaptó. No estuvo jamás contento, el entorno le parecía hostil, aunque trataba de integrarse, sus compañeros le mostraban indiferencia, las leyes laborales, aunque existían, jamás se cumplían y Néstor sabía que hiciera lo que hiciera la cosa no iba a mejorar. Llegó un momento en que su opresión era tal que tuvo que renunciar. Ana se lo reprochó, él reaccionó con desmesura -ya hacía tiempo que las cosas no andaban bien- y en cuestión de días se habían separado.

Se encontraba más solo que nunca. No conocía a ningún otro uruguayo en este país y ya no tenía a nadie por quién quedarse. Todo lo que le rodeaba le desagradaba, hasta los niños. Su decisión fue inevitable, vendió lo poco que tenía y compró el pasaje.

Ahora estaba sentado en el aeropuerto, con unos pocos pesos en el bolsillo, triste, cansado y nervioso. Lo sorprendió la asistente de vuelo cuando llamaba a los pasajeros para abordar. Casi sale corriendo a mostrar el boleto de

embarque, pero se frenó, primero abordaban los de primera clase.

Ya en el avión el corazón le palpitaba enloquecido, le costaba respirar. ¡Ese aparato no arrancaba más! Esos minutos fueron un suplicio. Cuando el avión por fin levantó vuelo, Néstor pensó que se tranquilizaría, pero no fue así. Trató de dormir, pero la ansiedad no se lo permitió. De hecho, Néstor nunca dormía en los viajes, tenía la sensación de que la muerte lo iba a alcanzar en medio de alguno de ellos. Aunque sabía perfectamente que la muerte estaba en todos lados, la asociación entre viaje y muerte surgía siempre, inevitablemente. Las seis horas de vuelo fueron una eternidad, sus emociones iban y venían permanentemente, de la pena y la incertidumbre a la esperanza y el optimismo. Pero al fin llegó.

El avión aterrizó en el aeropuerto de Carrasco sin complicaciones. Había olvidado lo solitario que era setiembre. Hacía un frío helado, sin embargo, eso lo reconfortó. El cielo lucía despejado y profundamente azul. Mientras caminaba por los corredores del aeropuerto escuchó, luego de mucho tiempo y con indescriptible placer, el acento uruguayo. Ya estando fuera, miró a su alrededor. Las lágrimas corrían por sus mejillas. No tenía dinero, ni lugar donde quedarse, ni trabajo, de hecho no sabía adónde ir, pero estaba feliz. Al fin estaba en casa.

*Marcos Pechi,*
*uruguayo residente en Floridablanca, Santander-Colombia*

# CATEGORÍA COLECTIVA

# Nuevo horizonte de vida

En el año 2008, en Lima, Perú, una señora llamada Elita Delgado, de 36 años de edad y con un hijo de tan solo 3, decidió emigrar hacia Uruguay. Las causas de esta decisión fueron familiares y por violencia doméstica. Esta señora vivió desde el embarazo una aterradora convivencia, su esposo era alcohólico y ella recibía golpes y maltrato de su parte. La familia de Elita tenía conocimiento de los hechos, pero preferían no intervenir ya que las veces que lo hicieron terminaron en malos términos con la víctima, porque ella salía en defensa de su esposo por miedo a su reacción cuando quedaran solos.

Cansada de los golpes, en una ocasión en que su esposo se fue de viaje por varios días y por cuestiones laborales, decidió buscar otro camino. Tenía en Uruguay una prima que se había casado con un uruguayo hacía muchos años y vivían en Las Piedras. Esa prima, asombrada por la vida que estaba llevando Elita, le propuso venir a Uruguay.

Cuando Elita emprende el viaje hacia Uruguay debe dejar a su hijo a cargo de la familia, ya que no podía sacar al menor del país sin el consentimiento paterno.

Al llegar a Uruguay recibió diferentes amenazas telefónicas por parte del esposo, pero Elita no regresa y consigue trabajo en la estancia de los Peralta, donde trabaja indocumentada durante diez meses. En ese período le llega un telegrama con un aviso de denuncia por abandono y decide volver a su país a buscar a su pequeño, de manera legal y asesorada por profesionales.

En Perú, luego de varias audiencias, el padre autoriza a traer al niño a Uruguay; una nueva vida y un proceso de adaptación les esperaba.

Al llegar a su lugar de trabajo se encuentra con la noticia de que no puede permanecer en la estancia con el hijo y siente que su vida se derrumba, pero una de sus compañeras de trabajo le ofrece una habitación en su casa del pueblo y la ayuda con el cuidado del niño.

Al poco tiempo decide cambiar de empleo donde acepten

que el niño la acompañe. Era otra estancia, a 10 km de Velázquez, Rocha. Allí el niño concurre a una escuela pública.

Hoy, aquel niño ya asiste al liceo, es aceptado por todos sus compañeros como uno más. Elita trabaja en un reconocida empresa de salud como administrativa, se siente integrada a nuestra sociedad y bien recibida por el pueblo uruguayo.

*Mateo Amarilla y Benjamín Comba,*
*uruguayos residentes en Rocha-Uruguay*

## Organizaron:

SNEP
Sistema Nacional de Educación Pública
anep - mec - udelar - utec

PRESIDENCIA
República Oriental del Uruguay

SDH
Secretaría de Derechos Humanos

Plan Ceibal

## Apoyaron:

MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES
REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

UNESCO
Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura

uniTwin
Cátedra UNESCO Derechos Humanos

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA URUGUAY

Montevideo Igualitario

Montevideo Cultura

MUMI

JNM
JUNTA NACIONAL DE MIGRACIÓN
URUGUAY

ccam
consejo consultivo asesor de migraciones

SODRE

Montevideo Cultura

TEATRO SOLIS

antel